

# Un trozo de aire humanizado.

## Conversación con Miguel Fisac

*Javier García-Gutiérrez Mosteiro*

*La referencia para llegar a casa de Fisac es la torre esbelta y calada de los Dominicos, la iglesia con que –a finales de los cincuenta– sorprendía e inauguraba un nuevo momento de la arquitectura española. Al llegar a ella se debe abandonar la carretera de Burgos y adentrarse por un camino –no hace mucho aún de tierra– hasta que aparece entre la tupida vegetación, en la puerta de una valla, el rótulo «Miguel Fisac».*

*Asciendo la curva umbría del sendero. Cortando la silueta de los pinos, en la penúltima luz de la tarde, se va definiendo la blanca horizontalidad de la arquitectura –limpia, moderna, implantada cortés en el paisaje– que allá en el 56 levantara el arquitecto. No he descendido aún del coche cuando Fisac, siempre afable, sale al zaguán a recibirme; ahí está, erguido, en lo alto de los peldaños que se van fundiendo con la piedra y lo verde de la ladera.*

*Discurre esta conversación en el cuarto de estar de la casa, anchuroso y raramente acogedor en su razón funcional, magnífico, penetrado de la luz difusa de un patio interior que le determina en forma de «L». Frente al amplio ventanal que, sobre las frondas, se abre al horizonte y va acuarelando la caída del día, Fisac habla con rápida inteligencia; sus gestos son también rápidos. Más allá de su voz, vigorosa y certera, se escucha un denso silencio.*

*–Miguel, tú representas una de las figuras más libres e independientes de la arquitectura española del siglo XX ¿cómo fue tu formación como arquitecto? ¿cabe entenderla como autodidacta?*

*–Sí, yo he tenido una formación autodidacta. Estudié arquitectura, pero luego me tuve que hacer arquitecto. Y seguí un procedimiento no sé si bueno o malo, pero se me fueron presentando las cosas y las fui resolviendo. Empecé la carrera en el año 33 y cuando salí de la Escuela era un momento, en el 42, en que salimos diez arquitectos.*

–Una de las más reducidas promociones...

–La más pequeña que ha habido; y vivimos sólo cuatro: Asís Cabrero, Manolo Bastarreche, Pepe Rebollo y yo. Éramos sólo diez, y hacían falta arquitectos por todas partes; el primer mes todos nos pusimos a trabajar en una cosa o en otra.

–De hecho, ese mismo año hiciste el proyecto de la iglesia del Espíritu Santo.

–Sí, se me presentó la ocasión de hacer un proyecto para transformar en iglesia la sala de conferencias del Instituto-Escuela, que habían hecho poco antes Arniches y Domínguez. Yo no llevaba de la Escuela ninguna idea preconcebida. Por otra parte, estábamos en plena Guerra Mundial y no había información ninguna y lo único que teníamos más a la vista era la arquitectura que estaban haciendo los nazis, que nos parecía horrible; y lo que se hacía en España –yo sabía poco, pero lo suficiente para saber que aquello no era bueno– era un historicismo un poco trasnochado... Total, que no sabía por dónde tirar; tenía un pequeñísimo conocimiento, por alguna revista italiana, de lo que se estaba haciendo en Roma para la Exposición del 42, y allí había grandes arquitectos; en la época de Mussolini había arquitectos muy buenos: Terragni, Moretti y tantos otros. Por otra parte, el Movimiento Moderno no había dado en España resultados que tuvieran cierto interés, no cuajó hasta los años 50.

La realidad es que yo comprendí entonces que existe lo que podríamos llamar una arquitectura eterna, que pasa por épocas de mayor simplificación, estilización... Y me puse a *empollar* la arquitectura del *Quattrocento* y del *Cinquecento*, cosa que me ha servido de mucho. En fin, y gustó el proyecto que hice; y me encargaron también el edificio central del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que tuvo éxito de crítica y de público, y pareció moderno. Pero yo me quedé pensando: «Vamos a ver ¿por aquí a dónde se va? Porque ¡por aquí no se va a ninguna parte! Me parece que hemos olvidado demasiado pronto el Movimiento Moderno. Voy a enterarme».

–¿Y cómo te enteraste?

–El procedimiento de enterarme fue el ir a ver determinados edificios de Le Corbusier, de Mies van der Rohe, de Frank Lloyd Wright y estudiarlos. Ya me cogía con casi ocho años de ejercicio profesional muy directo,